

# La mala educación

El mundo consumista actual está pendiente de la alimentación y la obesidad de los niños, pero olvida que no únicamente de pan vive el hombre. La cultura es importante, pero qué va, ya se verá después.

**N**unca en la historia de la humanidad se amó tanto a los niños y a los jóvenes como ahora. Ministerios, ONGs, instituciones educativas, el marketing, la publicidad; todos están dedicados específicamente a ellos, a su educación y, sobre todo, a su bienestar y felicidad.

Hay tanta preocupación por su alimentación que ya la obesidad se ha trasladado de occidente a los países pobres. Los números son alarmantes: casi dos billones de personas con sobrepeso, 300 millones son casos graves. La obesidad es considerada por la OMS la segunda causa de muerte previsible después del cigarrillo. Los datos más preocupantes se refieren a los niños: el 34%, entre los seis y nueve años, tiene sobrepeso o es obeso. Las muertes por extrema gordura son 52 mil al año, sin distinción de áreas territoriales. La OMS no pone en la lista las 24 mil muertes diarias por hambre, ya que esta no es considerada como una enfermedad.

En una lejana época feliz, producida (como siempre) por un horror: la II Guerra Mundial, los críos llegaban a los seis añitos totalmente vírgenes de letras y números, pero repletos de buenos principios, "buena educación", moldeados por socializantes peleas callejeras, partidos de fútbol entre carros y con un firme respeto por los padres (que, obviamente, se sanaba con la adolescencia). Luego, los cerebritos eran molidos con toneladas de nociones, cogniciones, ejercicios y responsabilidades. Los jovencitos que llegaban a la universidad —los

Escribe

Orietta Brusa

[obrusa\\_br200@yahoo.es](mailto:obrusa_br200@yahoo.es)

**“¡Cómo será el producto de una mamá chichera que no escucha a Mozart o Beethoven! Del alumbramiento para adelante, tengo la impresión que Shakira será lo máximo que podrá alcanzar en cuanto a cultura musical.”**

que llegaban ya que esta no era un derecho sino una conquista— traían consigo un discreto equipaje cultural, sin ningún problema de “comprensión de lectura” y con la debida cantidad de neurosis y/o psicosis que no eran consideradas cosas de especialistas, sino problemas de crecimiento. Así que las que eran manejables se manejaban, las otras qué se iba a hacer. Esta generación se le fue un poco de las manos a los educadores. La madurez la “recuperó” para la humanidad.

Hoy en día los pobres nacen con el deber de ser inteligentes. Empiezan con la estimulación temprana, desde el embrión. ¡Cómo será el producto de una mamá chichera que no escucha a Mozart o Beethoven! Del alumbramiento para adelante, tengo la impresión que Shakira será lo máximo que podrá alcanzar en cuanto a cultura musical.

Hoy se cuida muchísimo la alimentación del bebé, importantísima para el cerebro: la leche ayuda un montón con las matemáticas y el bistec es fundamental para la lengua; los vegetales son excelentes para la historia y nada como los polivitamínicos químicos para sustituir a las enciclopedias. Cuando alcanzan la edad de la “razón”, los pobrecitos son presionados para *ser mejores que sus padres*. ¿Mejor, si no tienen referencia de lo bueno, ya que sus progenitores se consideran unos adefesios incapaces de proporcionar modelos a los hijos?

El estudio se hace según el método “constructivo”, dicen. Así que podemos quedarnos sentados, tranquilos y esperar a que descubran el teorema de Pitágoras, la gramática, la filosofía que, por supuesto, no van a aprender en clase, ya que allí no pueden cansarse, aburrirse o usar la memoria. Allí pueden interesarse libremente y divertirse con lo que proporcionan los colegios —que necesitan clientes— y los medios de comunicación.

«Más del 90 % de nuestra población sabe leer y escribir. Tenemos radio, televisión, cine, un periódico diario para todo el mundo; pero en lugar de damos la mejor literatura y la mejor música del pasado y del presente, esos medios de comunicación, complementados con anuncios, llenan las cabezas de las gentes de la hojarasca más barata, que carece de realidad en todos los sentidos, y con fantasías sádicas a las que ninguna persona semiculta debiera prestar ni un momento de atención. Y mientras se envenenan así los espíritus de todos, jóvenes y viejos, ejercemos una feliz vigilancia para que

no suceda ninguna “inmoralidad” en la pantalla. Cualquiera indicación de que el gobierno debiera financiar la producción de películas y de programas de radio que ilustrasen y cultivasen el espíritu de nuestras gentes provocaría también gran indignación» (*Psicoanálisis de la sociedad contemporánea, Erich Fromm, 1955*). Si estábamos así hace 50 años, ¿cómo estaremos ahora?

En la adolescencia otro hito: la búsqueda de la identidad y, por supuesto, les proporcionamos una bien arraigada en valores del 800 o por allí, cuando una burguesía lista para la exportación se fabricó la idea de patria con relativa parafernalia. Vigotsky hacía hincapié en poner los orígenes del conocimiento en las interacciones sociales de las que participa el niño. Se supone que allí también encontraba su identidad. Ahora las criaturas, objetos consumidores, viven una realidad totalmente abstracta, virtual, desconectada de la historia, crónica y situación socioeconómica y moldeada por el marketing y la publicidad. Pero es cierto que los estamos haciendo felices. He aquí un pequeño recordatorio de la felicidad que expresan nuestros jóvenes, gracias a la buena educación que les proporcionamos y a la influencia de la buena sociedad que los rodea: 1999, Columbine, U.S.A, 15 fallecidos. 2002, Erfurt, Alemania, 18. 2007, Virginia, U.S.A., 33. 2007, Finlandia, 9. 2007, Finlandia, 7. 2009, Alemania, 15.

Tal vez estos accidentes pasaron solo porque los chicos confundieron un videojuego con la realidad. En fin, comparten más con la máquinas que con los humanos, y ahora las máquinas parecen tan reales.

